

MARÍA Y LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Aurelio Romero (ed.)

MARÍA
Y LA BÚSQUEDA
DE LA VERDAD

Artículos originales publicados en la revista *Nuova Humanità*
nn. 60, 103, 104, 107, 110, 135-136, 147-148, 151, 165-166, 200, 201

1ª edición: febrero 2018

Imagen de cubierta:
Michel Pochet, *Theotokos*

© 2018, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

Traducción:
Antonio Paneque

Edición:
Aurelio Romero

Diseño de cubierta y maquetación:
Antonio Santos

I.S.B.N.: 978-84-9715-394-2
Depósito Legal: M-3.512-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

El lector que se adentre en estas páginas comprenderá porque le hemos dado este título, que para algunos podría resultar extraño, a este libro. El libro está formado por artículos de varios autores que se complementan unos a otros, algunos se encargan de situar a María en su contexto histórico y bíblico, descubriendo la novedad dentro de la continuidad, en otros la referencia a María está como una perla, en lo más profundo, pero se necesita el mar para comprender la perla; otro habla de María en la forma simbólica e intuitiva de la poesía lo que no quita profundidad teológica al texto sino, todo lo contrario, sirve de inspiración para otros autores que se encargan de conectar ese lenguaje simbólico con el humus cultural, filosófico y teológico de la humanidad; como en un puzle que cada pieza encuentra su forma encajada en las que están a su alrededor.

Quisiera ser un libro que nos abre a una visión distinta de María, ampliando el horizonte, a veces angosto, en que la hemos circunscrito. La visión de María que hemos ido forjándonos a lo largo de la historia, frecuentemente con la intención de engrandecerla, la ha confinado, sin querer, en el altar de la veneración y la ha alejado de nosotros, como representante colectivo de toda la humanidad, como plano inclinado que nos lleva y nos trae a Dios y que, como tal, tiene bien echadas sus raíces en el cielo y en la humanidad.

María pertenece a esa hilera de grandes personalidades como Abrahán, Moisés, David, los profetas, que fueron elegidos por Yahvé para una misión especial dentro del pueblo de Israel. Ella, no solo se sitúa entre estos servidores de Dios, sino que afirma

su plena disponibilidad para dicha tarea, todas sus facultades y energías las pone en juego para la misión. María, apenas recibe el anuncio del ángel, se pone en movimiento, sale del anonimato. El misterio que acontece en lo más íntimo de sí no es visto de ningún modo como un asunto privado. Su vocación a la maternidad dispone a María para el servicio de un plan divino, la ubica de forma responsable ante la humanidad, que en ese momento simboliza.

Es la «hija de Sion» quien recibe la invitación a alegrarse de un modo particular: «Grita de júbilo, hija de Sion», exclama el profeta Sofonías. Esta «hija de Sion» es un nombre colectivo que representa a Jerusalén, o sea, al entero pueblo de Israel. Este saludo conecta y vincula a María con toda la historia de la salvación: Dios la ve como un eslabón en la cadena de esa historia salvífica puesta en marcha con Abrahán. Ella misma se coloca entre sus descendientes, como nos hace intuir el Magnificat, y entiende que la promesa está a punto de hacerse efectiva.

Pero, ¿quién es esta mujer que, en su condición de «hija de Sion», recibe tal invitación a regocijarse?

María se halla al inicio del tiempo del cumplimiento; ella abre el tiempo de la salvación inaugurado con la venida de Cristo, apareciendo, así pues, en el mismo centro de la historia de Dios con la humanidad.

María, en su condición de pobre, personifica ese tipo de humanidad a la que Dios ha prometido auxilio. Ella concibe en la fe antes aun que en la carne. Y en esto, es un modelo que podemos imitar. En María, la fe engendra la bienaventuranza, puede regocijarse porque «bienaventurada es aquella que ha creído». En la anunciación y en la visitación experimenta la fuerza de la fe y la alegría que de ella brotan. Su exultación representa el gozo del Israel fiel, en el que el Señor se dispone a manifestar su poder. En el canto del Magnificat, se percibe el eco de todos los pobres que han depositado su confianza en Dios y que, gracias a María, ven colmadas sus expectativas con la venida del Mesías.

El nombre de María, que viene llamada Hija de Sion, llena de gracia, no evoca una individualidad replegada sobre sí misma. Ella no se inclina a ser una persona humana aislada que defiende y protege su yo. Vive de tal forma que se muestra transparente, receptiva, susceptible de ser habitada por Dios. Por el hecho de estar completamente abierta a Dios y al conjunto del pueblo, puede realizarse en ella la promesa dirigida a todos.

María acoge el Espíritu y da carne en sus vísceras a la Palabra de Dios. Dentro de sí, María hace posible que se derrame en la cultura el Verbo eterno.

Pero en la casa de Nazaret, el ángel no anuncia a María solo la encarnación de Dios, sino todo el misterio de la Trinidad: «el Señor está contigo (...) concebirás un hijo. (...) El *Espíritu Santo* vendrá sobre ti, sobre ti extenderá su sombra el poder del *Altísimo*. Aquel que ha de nacer será santo y se llamará Hijo de Dios» (Lc 1, 28-35). Este anuncio configura toda la persona de María.

El itinerario de fe de María constituye una dimensión intrínseca del acontecimiento salvífico: acogida/recepción humana del evento de Cristo como vía de inserción gratuita (por parte de Dios) y libre (por parte de la persona humana) en la hondura de la vida trinitaria, el único espacio en que encuentra cumplimiento la identidad misma de la creación. Su persona, en su intrínseca expresividad femenina, se muestra como la condición antropológica del adviento de Dios Trinidad y, simultáneamente, como el arquetipo histórico-salvífico de la adhesión de fe de la creatura a la revelación/comunicación del Creador. En la fe, María experimenta el actuar salvífico de Dios que, precisamente a través de la entrega oblativa de su *fiat*, se despliega revelando en este mismo desplegarse la comunión/distinción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La encarnación marca el inicio de la economía de la revelación de Dios, que tiene como finalidad colmar el cosmos mismo de su presencia divina. María es la primera que lo vislumbra. Al

igual que el Espíritu de Dios aleteaba «sobre la superficie de las aguas» en la creación de la tierra primordial, destinada a convertirse en la materia-madre de la creación del hombre «desde el polvo de la tierra», así el Espíritu Santo desciende sobre la Virgen Santísima en el alba de la nueva creación, que comienza con Jesús y que el Espíritu Santo conducirá a su consumación cósmica.

Creciendo gradualmente en su relación con Dios a través de la humanidad de Jesús, María guarda dentro de sí los acontecimientos, «interpretándolos en su corazón» (Lc 2, 19; 2, 51). Y de este modo nos instruye en que no podemos entender por nuestros propios medios aquello que Dios realiza. Ella muestra un modo de «pensar al revés»: es decir, no a partir de sí, sino a partir del actuar de Dios; no antes de hacer, sino a partir de lo que Cristo hace de nosotros.

«Turbada» por el inesperado anuncio del ángel, María personifica el desconcierto inicial que envuelve a menudo a quien ama y busca la verdad, y justamente por esto abre sus puertas a la escucha y a la esperanza, a la confianza y al descubrimiento de significado.

De María se aprende ante todo la *confianza en la búsqueda de la verdad*, la certeza de que existe un significado en la vida, que hemos de *captar*, si bien esto no sucederá nunca de forma exhaustiva en nuestra experiencia terrenal, ya que la vida es siempre y en cualquier caso limitada.

Frente a lo que define toda indagación humana respecto a lo real, es decir, la pregunta acerca del «por qué», María, en su diálogo con el ángel, muestra exactamente la actitud de quien no rechaza ni proscribe «esta realidad». Ella es sumamente «realista», porque en su *¿cómo es posible?* (Lc 1, 34) asume el dato que constituye el núcleo del interrogante propio de cada ciencia. Aquello que «se anuncia» ha de ser acogido (con sus desgarradores contrastes y contraposiciones), es más, «aceptado». Solo la total e incondicional apertura hace capaces (y todo el periplo

mariano, desde Caná hasta el pie de la cruz lo pone de manifiesto) de formular preguntas, de poner voz a aquellas cuestiones que permanecen sin expresar, de «tomar conciencia» de lo que falta, de estar despiertos, de dialogar, de «soportar el peso de la novedad», de «perder» y de «permanecer en pie» en silencio. Una apertura hacia lo real que es viable, con este nivel de intensidad, únicamente en el marco de una «*dinámica de amor*».

Ella acogió en sí la Palabra: esa Palabra-de-Dios que es lo Real de todas las realidades. La ha expresado y concebido pero nunca se la ha apropiado, siguió sus pasos en la distancia que marca la diferencia y al pie de la Cruz pone en manos del Padre de forma definitiva esa Palabra-Realidad que le había sido comunicada. Es una desapropiación absoluta en la que, sin embargo, María se expresa completamente porque se entrega sin reservas. La Asunción es la respuesta del Padre, en la que el Don entregado es acogido por el Don donante, por su Origen.

María, al ser pensada por Dios como aquella que comprendía la creación entera en su persona, abrió a la misma creación la posibilidad de engendrar a Dios. De este modo, con ella y en ella la libertad del hombre alcanza su verdad y su plenitud. María es el corazón y la plena realización del designio de Dios sobre la creación. Es el icono personal de aquella «mujer vestida del sol» con la luna bajo sus pies y una corona de estrellas sobre su cabeza que nos describe el *Apocalipsis* (cf. 12, 1): «Una mujer a la medida del cosmos, a la medida de toda la obra de la creación».

María es «la Iglesia engendrada por Cristo, congregada y ofrecida en restitución de amor a su Señor; pero es también la hija de Sion, el Israel de Dios que, pobre y humilde, con ese saberse donar absolutamente del que María es icono, engendra al Mesías»; es más, tal vez podríamos decir, en un sentido más amplio, que «María es la auténtica realidad religiosa que precede a Cristo. Hemos aprendido a reconocerla en Israel: ¿por qué no pensar en ella, recogida en silencio, en el corazón de las grandes tradiciones religiosas de la humanidad, actuando en su interior

con la oración que purifica y el Espíritu que ilumina, para que también ellas se abran a Cristo y experimenten cómo brota de sus vísceras como aquel que lleva a plenitud sus tradiciones de fe más allá de sus propias expectativas, y de este modo lleguen a ser “Iglesia” dándolo a luz en la única Iglesia, aquella que en María tiene su modelo eficaz?»

En este espíritu, quisiera concluir con un vaticinio de sabor casi profético de Jean Guilton: «Estoy convencido de que es la hora de María y de que el Espíritu Santo sopla con fuerza en esta dirección. Los cristianos del siglo XXI entenderán a María en el seno de la Trinidad..., el siglo XXI será el siglo de María».

Aurelio Romero
Editor